

## ***Haragei, el silencio***

---

El hombre humedece con suavidad los labios de su esposa. Primero introduce un pañuelo en agua, luego lo escurre con lentitud y finalmente lo conduce de forma ceremonial por la boca entreabierta. El pañuelo que utiliza es blanco, como el kimono de ella. Ella se llamaba Kukiko.

El *matsugo-no-mizu* (agua del último momento) acontece un rito pausado, carente de apremio. Una y otra vez, el hombre introduce el pañuelo en agua y repite la operación. Como rocío, deja que las gotas transparentes descendan hasta sus dientes. Están solos, ella y él. Es la última vez que lo estarán. Más tarde comenzará el velatorio.

—Háblame —solicita él.

Pero ella no responde a su pretensión. Tampoco en vida fue una gran habladora, pondera. Kukiko siempre le dedicó una discreta emoción, un gesto circunspecto, una media sonrisa. ¿Fue él un buen marido? ¿Acaso consiguió ser un amante correcto? Nunca lo sabrá. Kukiko significa nieve y quizá por eso siempre se mostró fría con él. Las pocas veces que hablaba, con monosílabos, era como si una escarcha dolorosa saliera de su boca. Para Kukiko proferir palabras era un ejercicio esforzado e innecesario.

El hombre vuelve a introducir el pañuelo en el cuenco de madera. El agua está tibia, nota con los dedos. Si Kukiko albergó anhelos ocultos o deseos no cumplidos, nunca lo manifestó. El silencio era su arma y su escudo, su flecha y su adarga. Cuarenta años estuvieron casados, ¿cómo era posible saber tan poco de la persona con que habías compartido una vida?

—Por favor, háblame —demanda él.

El hombre desplaza con suavidad el pañuelo sobre su boca y la tela acaricia unos labios cerrados a perpetuidad. Kukiko no altera en la muerte el mutismo que mantuvo en vida. Aunque quizá no sea justo culparla, reflexiona él. Kukiko fue víctima de una educación rigurosa y austera. Su esposa creció en un tiempo en que la mujer era instruida en el solemne acto de obedecer. Todo su aprendizaje fue una sucesión de técnicas domésticas y preceptos que cincelaron en su cerebro la conveniencia de tornar un instrumento de abnegación. Kukiko sabía mantener la casa, servir el té, cuidar la porcelana. Nunca faltó el orden en el hogar y sus pasos cortos atesoraban cierta gracilidad, conseguía recordar él. Sin embargo, cuánta calidez había echado en falta. El afecto que había recibido por parte de Kukiko, protocolario y lejano, había sido análogo al de una estatua de cera.

—Despierta y háblame —con un ademán cargado de ternura, acaricia su pómulo blanco.

Siempre fue pálida, ¡pero ahora se mostraba tan lívida! Su tacto asemejaba a uno de esos insípidos pastelillos de arroz de la región de Kyushu. Un *karukan*, eso es. Entonces su mente viaja al pasado y puede ver a su esposa comiendo uno de esos esponjosos pastelillos, apenas dulces. A ella le encantaban, se le inflaban los mofletes cuando los masticaba. Casi mostraba una emoción verdadera cuando los comía a dos carrillos, parecía una niña.

Quizá Kukiko solo consiguió ser realmente Kukiko cuando comía *karukans*. Quizá únicamente entonces pudo ser feliz de una manera plena. Este pensamiento asaeta la mente del hombre y le causa dolor, pero consigue recuperar el control volviéndose a centrar en el ritual: *matsugo-no-mizu*. Humedecer aquellos labios que una vez besaste y te besaron.

—¿Me hablarás, por favor? —es su voz un susurro suplicante.

Pero por más que remoja esos labios yertos, ninguna palabra sale de ellos. La expresión de Kukiko es ligeramente indolente, llena de paz. Incluso de anciana, su

esposa resulta terriblemente bella. Su hermosura sabe erguirse por encima del esmalte grisazulado de su piel, sopesa él.

Y luego, como un relámpago, piensa: soy viudo.

Esta revelación azora al hombre. Pierde el equilibrio y el cuenco de madera cae al suelo con gran estrépito. Sobre la tarima se dibuja un pequeño charco de agua. ¡Soy viudo! Hasta ahora no había considerado ese punto. Ya nunca marido, nunca consorte, nunca amante. Viudo eternamente, viudo por siempre jamás. Viudo viudo viudo, su cerebro repitiendo como un diapasón gigante.

—Háblame y dime que no lo soy, ¡que no soy viudo! —grita él—. ¡Háblame, Kukiko!

Sus palabras rebotan en la estancia vacía. Los biombos le devuelven un eco apagado y sordo, una reverberación de la materia misma de que está hecha la soledad. Por las ventanas de papel se filtra una luz del color del agua de lluvia.

Y luego, otra vez, el silencio.

Kukiko fue una maestra del silencio. Durante las décadas que estuvieron juntos, apenas pronunció más de diez palabras al año. Consideraba una impertinencia dialogar, le parecían más importante las insinuaciones que cualquier tipo de comunicación verbal. Kukiko tenía la convicción de que si debía recurrir a las palabras para comunicar sus sentimientos, algo estaba haciendo mal. Un tenue ademán con la cabeza había de ser suficientemente elocuente, cada caída de ojos debía estar cargada de significados. Y era labor del marido saber interpretarlos y mostrarse complacido con los mismos.

*Haragei*, se llamaba esta forma introspectiva de comportarse.

*Haragei*, hablar sin hablar.

—¿Por qué? —echado sobre su cuerpo, el hombre se lamenta entre sollozos—. ¿Por qué nunca conversaste conmigo?

Es su llanto un mar entrecortado de hipidos. Su esposa, su par, su hilo rojo del destino ha muerto. El kimono cruzado a la derecha así lo atestigua. Pronto vendrán a llevarse a Kukiko para maquillarla, y más tarde advendrá el velatorio, y luego se acercarán los familiares a mostrar sus condolencias, pero este momento todavía les pertenece. La honorable foto de Kukiko aún no preside el *butsudan*, el hogar no huele a incienso. Se trata de los últimos instantes previos al luto.

Con un gesto cargado de pureza, el hombre se rehace y recoge del suelo el cuenco de madera. Luego sale al jardín y llena su interior con agua de la fuente bajo el cerezo. Al hacerlo, repara que el cuenco está decorado con grullas, símbolo de fortaleza. Regresa al lecho donde yace Kukiko y retira de su rostro los pelos canos. Su esposa reposa silente, la cerrazón de su boca igual de indescifrable que la demostrada en vida. Kukiko, la mujer de las nieves, la tímida compañera de coraza impenetrable. Kukiko, una cima levantada a base de monosílabos de ventisca. Un artesanado de silencios de hielo.

—Kukiko, querida —acaricia su boca por última vez y se despide—: amé cada minuto de tu compañía ausente. Y echaré de menos cada segundo de tu presencia callada.

Su rito debe recomenzar, *matsugo-no-mizu*. Limpiar una y otra vez los labios de su mujer es su forma de quererla. Su último gesto de amor.

Aceptar la muerte, piensa, no es distinto de aceptar el silencio.

—*Sonny Liston*—